



Somos de los que siembran transparencia
y de los que cosechan confianza.

Somos de los que mueven la rueda que impulsa lo
de los que hacen del futuro un lugar más previsibil

los que analizan y de los que deciden.

de investigar y de los que sugieren el cam

de estudiar y de los que comparten el cor

buscan crecer y de los que ayudan a lle

para de los que t

nes de los que se atre

o de grand

Las revueltas árabes

Entre el empoderamiento de los ciudadanos y las trampas de las fracturas tribales y sectarias.

Khatchik DerGhougassian (*)

La fecha del 17 de diciembre de 2010 pasó a la historia. En ese día, la inmolación pública del joven tunecino de 26 años, Mohamad Bu-Aziz, desencadenó una ola de protestas en el país que casi un mes después se transformaron en una revolución que derrocó al régimen de Zine El-Abidin Ben Ali, considerado uno de los más estables en la región. El todopoderoso Presidente, que había accedido al cargo el 7 de noviembre de 1987 luego de desplazar por un golpe de Estado a su antecesor, Habib Bourguiba, y en los siguientes 23 años asegurado sus sucesivas reelecciones con más del 90% de los votos (el último en 2009 con el 89,62%), pensaba seguir candidateándose hasta los 75 años de edad para luego hacerle lugar a su esposa... La fortuna de la familia de Ben Ali, según trascendió luego de su

huida junto con los miembros de su familia a Arabia Saudí el 11 de enero de 2011, se calcula cerca de unos 17 mil millones de dólares. Su conciudadano, Bu-Aziz, se había inmolado por desesperación cuando una mujer policía le había confiscado su carro de vendedor ambulante de frutas y verdura y lo había abofeteado públicamente. El joven perdía su único medio de subsistencia; a la miseria material que enfrentaría se sumaba la humillación...

Bu-Aziz probablemente no tenía idea de que, en las mismas fechas, un ensayo muy corto de un veterano de la resistencia francesa a la ocupación nazi publicado en octubre de 2010, se transformaba en best-seller en Francia para, luego, difun-

(*) Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad de San Andrés.

dirse por el mundo. ¡Indígnense! era el título de una suerte de manifiesto contra la injusticia social que Stéphane Hessel había lanzado, y que meses después iba a identificar al movimiento social nacido en España por iniciativa de una juventud europea duramente golpeada por la crisis.

Sólo la noción hegeliana de “espíritu de tiempo” puede establecer un vínculo idealista –en el sentido más común del término– entre estos eventos sin relación de causa-efecto directo entre sí. Pues, involuntariamente, el acto de desesperación de Bu-Aziz había provocado la indignación de toda una sociedad que, rompiendo con el miedo frente al aparato represivo del régimen, salió a protestar contra un sistema corrupto al servicio de la perpetuación en el poder de una elite acostumbrada a mirar al país como si fuera su propiedad privada, sin la mínima consideración por el tremendo costo en términos de empobrecimiento, desocupación y falta de perspectiva que pagaba la sociedad en general y el segmento juvenil en particular.

Evidentemente, varios son los factores mucho más materiales y concretos, como por ejemplo la decisión de los militares de no intervenir, que nos ayudan a entender mejor el éxito de la llamada “revolución de jazmines” en Túnez. Más llamativo, sin embargo, es la onda expansiva, o el efecto de derrame, que provocó, incluso cuando aún nadie apostaba a su triunfo. Así, transmisión televisiva directa de la revolución de la cadena Al-Jazeera mediante, y gracias a las redes sociales, se difundieron mensajes invitando a marchas de protesta para el 28 de diciembre de 2010 en Argelia; el 11 de enero de 2011 en Egipto; el 14 de enero en Jordania; el 17 de enero en Mauritania y Omán; el 18 de enero en Yemen; el 21 de enero en Arabia Saudí; el 24 de enero en el Líbano; el 26 de enero en Siria; el 28 de enero en los territorios ocupados palestinos; el 30 de enero en Sudán; el 1º de febrero en Djibutí; el 4 de febrero en Bahrein...

Algunas de estas invitaciones a la movilización se concretaron inmediatamente, otras tardaron un par de meses, o se cancelaron directamente. Pero lo cierto es que en marzo de 2011 la mayoría de los 22 miembros de la Liga Árabe, con algunas notables excepciones, como el Líbano o las pequeñas monarquías petroleras del Golfo, ya eran escenario de revueltas masivas de mayor o menor grado, que si bien no reflejaban un futuro desenlace similar a los sucesos de Túnez y Egipto, no obstante revelaban causas estructurales similares –aunque distintas en su dimensión y alcance– en casi todos los países árabes. Estos tres factores estructurales que explican la onda expansiva de las revueltas árabes son: socio-económicos, políticos y demográfico-generacionales.

La causa más importante del estallido de las protestas es el crecimiento inequitativo, siguiendo políticas económicas, recomendadas y aplaudidas por organismos financieros como el Fondo Monetario Internacional, que resultaron por un lado en una fuerte concentración de la riqueza en manos de una minoría, y por el otro en altos niveles de desocupación y trabajo precario sin expectativa de movilidad social. El crecimiento

inequitativo no sólo favoreció a una minoría sino también, con el aumento de los precios de los alimentos, llevó a los sectores más pobres, y hasta la clase media, al borde de la supervivencia, recordando situaciones similares que se habían producido ya en los 1980s, cuando la caída de los ingresos del petróleo había impactado sobre el precio del pan y provocado estallidos de violencia en los países del norte de África.

El caso de Egipto es paradigmático del crecimiento inequitativo: el cuarenta por ciento de la población subsistía con menos de dos dólares por día, mientras la familia de Mubarak, mediante el vasto programa de privatizaciones, había acumulado una riqueza de 70 mil millones de dólares invertidos tanto en el país como en el extranjero. Los principales beneficiarios de este sistema son el núcleo duro constituido por la familia en el poder y su entorno inmediato; pero también un fragmento de la alta burguesía con acceso a las actividades económicas en general vinculadas al sector de servicios. Evidentemente, la corrupción era parte inherente al funcionamiento del sistema, puesto que la supervivencia de cualquier empresario dependía del grado de protección que pudiera obtener invirtiendo parte de sus ganancias en el mantenimiento del sistema y el beneficio de la familia reinante; a cambio, podría insertarse en el sistema y aprovechar de todas las oportunidades que ofrecía una economía de finanzas y servicios para extraer riqueza y, a menudo, reinvertirla globalmente. Y mientras los indicadores macro económicos en las últimas dos o tres décadas respondían a los criterios de estabilidad y crecimiento de las organizaciones financieras internacionales, en el contexto micro económico la informalización de la economía llevaba a la ampliación del sector marginalizado y precario; donde acontecía un cambio demográfico importante, con el advenimiento de una juventud con acceso a la educación superior, pero incapaz de asegurarse un trabajo digno que le diera expectativas de un futuro mejor.

El estallido de la crisis socio-económica en el mundo árabe se produce en un contexto político caracterizado por regímenes autocráticos, dotados de aparatos represivos entre policías, agentes secretos, censura y tortura, al servicio de la perpetuación en el poder de una persona y su sucesión por su hijo o algún miembro de la familia. En este sentido, poca es la diferencia real entre las monarquías, desde Marruecos hasta Jordania y los países del Golfo, y las demás repúblicas, todas –menos el Líbano,– sistemas presidencialistas con características dinásticas. Así, la concentración del poder permite el enriquecimiento, que por su carácter corrupto está condicionado por la protección que necesita, y la impunidad que precisa, incentiva la perpetuación en el cargo. Esta suerte de “amocracias” (de “amn” –seguridad en árabe–, literalmente “segurido-cracias”), como las definió un estudioso del mundo árabe, no sólo imposibilitan la democracia, sino que también degradan el sentido de ciudadanía que los regímenes republicanos deberían, en principio, generar.

En cuanto al tercer factor, el cambio demográfico-generacional, son sociedades jóvenes, en el sentido de tener un segmento de población de entre veinte y treinta años en un porcentaje



mayor que el mismo segmento en países desarrollados. El factor demográfico en sí no explica por supuesto las revueltas, si no fuera por la marginación económica de esos jóvenes, por ser los más afectados por el crecimiento inequitativo, y por el hecho de no haber conocido nunca otro líder que no sea quien ha estado en el poder desde que prácticamente habían nacido. Ahora bien, esta juventud es también aquella que está perfectamente conectada con el mundo global por tener acceso a los medios de comunicación y conocer el manejo de las redes sociales. En otras palabras, ve, percibe o recibe mensajes de un mundo de oportunidades que no existen en su país, en su sociedad.

Desde que en el siglo XIX los árabes emprendieron su marcha histórica, luego de un largo silencio a partir del siglo XI cuando los pueblos turcos se apoderaron del califato, es la primera vez que las movilizaciones populares tienen un carácter espontáneo, que son un fenómeno de masas. En los dos momentos anteriores, el movimiento de Al-Nahda en el siglo XIX y el proceso de descolonización, las elites –intelectuales en el primer caso, políticas en el segundo– tomaron la iniciativa de liderar los procesos.

Al-Nahda (“el despertar”), el equivalente de la Ilustración árabe en el contexto del Imperio Otomano en plena decadencia, fue un movimiento inspirado por los ideales de la Revolución Francesa. Los promotores del movimiento apostaron fundamentalmente a la educación para modernizar la sociedad. Al-Nahda aspiró sobre todo a la secularización de la identidad árabe, que en aquel entonces seguía fuertemente vinculada al Islam y el orden imperial otomano por fidelidad al califato que el gobierno del Sultán representaba. Al-Nahda fue básicamente un fenómeno urbano, que se arraigó en las grandes ciudades portuarias o en rutas comerciales en el este del Mediterráneo, entre el Delta del Nilo, Tierra Santa y Transjordania, la costa y la montaña libanesa, Siria y la Mesopotamia; a saber: El Cairo, Alejandría, Haifa, Beirut, Damasco y Bagdad. Es el movimiento que forjó el pensamiento político árabe en su vertiente nacional, y no ha de sorprender que las figuras más trascenden-

tes hayan sido los cristianos –sin, por lo pronto, desmerecer el peso de muchos intelectuales musulmanes y su compromiso con la modernización; pues, sobre todo los cristianos veían en la secularización de la identidad árabe su gran oportunidad de superar la condición de inferioridad ante la ley impuesta por el Corán a los ‘Pueblos del Libro’ no-musulmanes a cambio de su “protección” en el seno del califato.

Pero Al-Nahda no supo definir un proyecto político árabe, en parte por las dificultades geopolíticas que hubiese representado la secesión de las provincias árabes del Imperio Otomano, y, sobre todo, por la oposición de las elites musulmanas que aún se aferraban a la Umma y buscaban la salvación del califato. El carácter secular de Al-Nahda generó muchas sospechas, y a menudo rechazo directo, en los pensadores islámicos, aún en aquellos que abogaban por la reforma del Imperio y la modernización del pensamiento islámico, que terminaron formulando los conceptos del Islam político contemporáneo en su vertiente más o menos ideológica. De hecho, Al-Nahda ni siquiera logró transformarse en un movimiento político, pues en la Primera Guerra Mundial el acuerdo secreto de Sykes-Picot entre Gran Bretaña y Francia terminó decidiendo el destino de las provincias árabes del Imperio Otomano. No obstante, constituyó un verdadero progreso histórico para las sociedades del Levante.

El segundo momento histórico de la marcha contemporánea de los árabes es el proceso de descolonización. La lucha en Palestina bajo el mandato británico en los 1920s, entre la población árabe nativa y las sucesivas olas de inmigración judía, emitió la primera señal del proceso que se concretó primero en la Segunda Guerra Mundial con la independencia del Líbano y Siria, entonces bajo la dominación de Vichy. Luego, en los 1950s, cayeron los regímenes monárquicos en Egipto e Irak, leales al colonialismo británico. Finalmente, la independencia de Argelia en 1962 puso fin a la dominación francesa desde 1830. Los protagonistas del proceso de descolonización eran los revolucionarios, militantes Ba’asistas –partido nacional panárabe fundado en Siria– y los militares ilustrados. La desco-

lonización apostó a la lucha para la independencia; y no, como había sido el caso de Al-Nahda, a la difusión de la cultura y la educación. Pero fue un fenómeno mucho más popular y de movilización masiva. Sobre todo con el ascenso al poder de la figura carismática del coronel Gamal Abdel Naser en Egipto en 1950 y la popularización de su proyecto político del panarabismo y sus promesas de desarrollo, justicia social y solución de la causa nacional. Las expectativas que estas promesas despertaron explican buena parte la popularidad de Naser y el alineamiento de las masas detrás de su proyecto. De hecho, los primeros emprendimientos del Presidente egipcio, entre la construcción del dique de Aswan, la nacionalización del Canal de Suez y la reforma que distribuyó tierras a los campesinos, así como su triunfo político en la Guerra del Canal de Suez en 1956 contra las ex potencias coloniales, Francia y Gran Bretaña, y su aliado Israel, contaron entre los logros más importantes del naserismo. Pero las promesas y las expectativas fueron mucho más de lo que Naser podía realizar: el entusiasmo de las masas fue un momento de corta duración; la Guerra de los Seis Días golpeó mortalmente al proyecto nacional panárabe.

La derrota de Egipto, Jordania y Siria, juntos en la guerra contra Israel en 1967, generó una dura crítica al nacionalismo panárabe desde la izquierda y los sectores islámicos. Militantes y pensadores de la primera corriente, fuertemente comprometidos con la lucha por la Causa Palestina, visionaron la solución en el contexto de la revolución mundial y la lucha solidaria de los pueblos aliados contra el imperialismo estadounidense. Mientras, el naciente y rápidamente creciente islam político concibió la salida de la crisis en la emancipación de la Umma, convencidos de que “el Islam es la solución”. En ambos casos, la apuesta otra vez fue la movilización de las masas, que jamás se concretó en la forma que la concebían los respectivos discursos. Así, el apoyo a la Organización de Liberación Palestina (OLP) que brindaron los gobiernos árabes fue mucho más financiero, diplomático y, sobre todo, retórico, que el compromiso de lucha en el campo de batalla. Más aún, los frentes que los palestinos abrieron en su lucha contra Israel, concretamente Jordania y el Líbano, terminaron transformándose en una trampa para la OLP, que en 1970 se enfrentó con el gobierno del rey Husein, y en 1975 con la decisión equivocada de involucrarse en la guerra civil libanesa cayó en una trampa que se cerró con la invasión israelí de 1982, que la sacó fuera del país de los cedros.

En cuanto a la movilización por el Islam, el fenómeno fue verdaderamente de masas y literalmente revolucionario, pero no aconteció en un país árabe, sino en Irán en 1978-79 y puso fin al régimen del Sháh. La Revolución en Irán y el posterior desafío abierto de la República Islámica a Estados Unidos generaron un estereotipo de movimiento de masas en la percepción occidental, que en parte explica su incompreensión inicial de las revueltas árabes. Mientras el concepto de “revolución” en Occidente se asoció al derecho natural de los pueblos para determinar su destino y quedó plasmado en las revoluciones americana, francesa y, en menor medida, rusa, el mismo concepto en los países musulmanes significó después de 1979 el avance

del Islam político. Por el espanto generado por la Revolución Islámica, Occidente nunca aceptó, o quiso aceptar, la capacidad de las masas árabes de provocar cambios democráticos en sus países. En los 1990s y 2010s, el pensamiento occidental parecía convencido del “autoritarismo perdurable” en el mundo árabe; mientras que la expresión “calles árabes” reflejaba, precisamente, masas movilizadas por la causa del Islam, no la democracia.

La “guerra contra el terrorismo” generó aún más sospechas hacia las protestas contra los regímenes autocráticos árabes, aliados fieles de Washington. La prioridad a la agenda de seguridad resultó tan importante para los aliados occidentales que, en dos oportunidades –Argelia en 1990 y Territorios Palestinos ocupados en 2007–, apoyó, indirectamente en el primer caso y más explícitamente en el segundo, las iniciativas de interrupción violenta del proceso constitucional. Paralelamente, la perduración de los regímenes autocráticos no parecía preocupar demasiado a los europeos que continuaban pensando en la política como “business as usual”, si no business simplemente... En plenas convulsiones tunecinas, Francia le vendió pistolas especiales a la policía de Ben Alí; la canciller francesa se fue de vacaciones en el avión privado de un magnate muy cercano del régimen; y en ese mismo viaje su padre hizo negocios... De ahí, la sorpresa del fenómeno para los occidentales, quienes no supieron cómo definirse ante las movilizaciones populares árabes.

A diferencia de Al-Nahda y a la época de descolonización, las revueltas árabes no tuvieron liderazgos visibles. En los principios, la iniciativa de movilización la tomaron los jóvenes más activos en la militancia democrática y conocedores del manejo de las redes sociales. Pronto, sin embargo, la clase media y los sectores más marginados se sumaron a la protesta y le dieron un carácter de fenómeno de masas. El rol de las redes sociales es un indicador del carácter espontáneo y sui generis de las revueltas; las redes sociales no generaron las movilizaciones, como algunos analistas argumentaron, pero tampoco se puede ignorar su importancia en el encuadramiento de las revueltas y la difusión global del fenómeno. El carácter espontáneo de las revueltas árabes las distingue también de las llamadas “revoluciones de color” en Georgia y Ucrania, donde claramente había un líder popular aspirando al poder, pero sobre todo la experiencia de entrepreneurs serbios en movilizaciones sociales que, con generosas donaciones de Open Society Foundation y otras organizaciones occidentales de misma índole, escribieron el guión y diseñaron el escenario. Más aún, luego de su triunfo, los líderes de las “revoluciones de color” recibieron un fuerte apoyo financiero desde la Unión Europea y Estados Unidos; pues, en el caso de las “revoluciones de color”, la variable geopolítica en la persistente lógica del tradicional Gran Juego de la competencia por el poder entre las potencias europeas y Rusia ha estado presente.

Las revueltas árabes no tienen una motivación geopolítica, aunque seguramente a mediano plazo afectarán el balance de poder en su zona; más aún, rompen una situación de status quo con el cual parecían conformes los países ex coloniales y

Estados Unidos, pese a su ocasional retórica crítica y llamadas de reformas democráticas.

Los factores estructurales que explican la onda expansiva de las revueltas son propios a las sociedades y políticas locales y no remiten a la dominación extranjera, el colonialismo o la ocupación territorial que motivaron los dos previos momentos de la marcha histórica de los árabes. Las movilizaciones de protesta no culparon a Israel, al imperialismo estadounidense o al colonialismo europeo por la miseria de los pueblos, sino a sus propios dirigentes que, vale recordar, décadas enteras agitaron estos mismos fantasmas para explicar su fracaso. Ni siquiera el Islam político se había apartado del discurso conspirativo, aunque luchara contra los regímenes autocráticos; para los islamistas, los regímenes seculares son la prolongación del colonialismo europeo y cómplices del imperialismo estadounidense; de ahí, la lógica de los más radicales islamistas, como son los integrantes de la red de Al-Qaeda y sus organizaciones afines, de golpear a Estados Unidos, lanzar el desafío de confrontación contra la superpotencia mundial para derrocar a los regímenes en sus países. Por otro lado, el pedido de justicia social, redistribución de la riqueza, respeto a la dignidad de los más humildes y democratización del régimen no son precisamente los objetivos de las luchas islamistas, que sí a menudo los encuentran útiles o funcionales para la movilización de las masas, y que en el mejor de los casos los circunscriben en la convicción más amplia —y tramposa para estos objetivos— de que “el Islam es la solución”. No ha de sorprender, entonces, que las revueltas árabes se destacaran también por su secularismo, entendiendo por este término el carácter de los objetivos que se plantearon como distintos de la agenda del Islam político.

Por las causas estructurales de las revueltas, por la espontaneidad que caracterizó las movilizaciones masivas, por la ausencia de un partido de vanguardia, un movimiento de cabecera o una personalidad destacada en el encuadramiento y liderazgo de las protestas, y por el carácter secular de las demandas y de los objetivos de las masas, las revueltas árabes pueden bien señalar el empoderamiento de los ciudadanos en las sociedades árabes. En este sentido, las revueltas árabes marcan un tercer momento histórico en la marcha de estos pueblos; momento que definirá un antes y después en el Medio Oriente.

No obstante, el excesivo entusiasmo de una pronta democratización, una suerte de “cuarta ola” siguiendo la conceptualización de Samuel P. Huntington, podría engañar. De hecho, sólo en Túnez y Egipto las revueltas se han transformado en procesos revolucionarios que han cumplido sólo la etapa de cambio de régimen. El cambio, la reforma constitucional y, quizás, la refundación del Estado, están todavía en discusión, y nada a priori indica que los objetivos planteados en las revueltas necesariamente se cumplirán. Más aún, no se descarta que el Islam político, ausente durante la protesta, se transforme en el gran vencedor en las próximas elecciones, por ser aun la fuerza política más organizada y, a menudo, financiada y apoyada desde el exterior —como es el caso del partido islámico legiti-

zado en Túnez, Al-Nahda (sin relación con el movimiento del siglo XIX), que goza del asesoramiento del Partido de Justicia y Progreso en poder en Turquía. Las promesas de reformas en Marruecos, Jordania y, en menor medida, Argelia, podrían a su turno abrir espacio hacia niveles más elevados de democratización —o, también, resultar promesas engañosas.

En el resto de los países, las revueltas han tenido ya un primer desenlace trágico. En Bahreín, una isla estratégica en el Golfo, donde está posicionada la V Flota de Estados Unidos vigilando la seguridad del flujo del petróleo hacia los mercados mundiales, el régimen monárquico de la dinastía de Al-Khalifa, fundada en 1783, reprimió brutalmente a los manifestantes con la ayuda de tropas saudíes. Luego de la dispersión de los manifestantes y la contención de nuevas marchas, el gobierno destruyó el monumento de la Perla en la capital Manama que se había transformado casi en el símbolo del movimiento de protesta; más aún, a la represión le siguió la continua persecución de estudiantes y activistas sospechosos por haber participado de la movilización. En Yemen, la revuelta se transformó en enfrentamientos violentos entre defensores del régimen de Alí Abdallah Saleh, en el poder desde 1978, y sus opositores, que contaron entre los heridos de bala al propio Presidente.

El caso más dramático de guerra civil fue Libia, donde el movimiento de protesta empezó en la ciudad de Benghazi, el 17 de febrero, desafiando el poder de 47 años de Muammar Al-Qadhafi, y ante la represión brutal se transformó en rebelión dividiendo al país, incluyendo las Fuerzas Armadas, en dos, quienes se alinearon con el régimen y quienes formaron un gobierno alternativo, el Consejo Nacional de Transición. Pero el dramatismo del caso libio radica en su rápida internacionalización, por la iniciativa de Francia de pedir intervención —en ejercicio del Derecho a Proteger— al Consejo de Seguridad de la ONU; la resolución 1973 del 17 de marzo del Consejo de Seguridad autorizó la utilización de la fuerza aérea para impedir la masacre que prometía Qadhafi. El apresuramiento de Francia y Gran Bretaña en primer lugar, y la adhesión de Estados Unidos luego, dejaron muchas dudas acerca de las razones escondidas detrás de las buenas intenciones de la intervención, pero lograron impedir la probable concreción de las amenazas de represión violenta del líder libio. El problema es que la intervención de los países de la OTAN y el mandato limitado del uso de fuerza no brindaron ninguna solución: la guerra civil parece ser de larga duración.

En Siria, finalmente, el movimiento de protesta comenzó tarde, pese a la invitación que empezó a circular desde enero; recién en marzo, y en una ciudad periférica, Deraa, se inició una protesta violentamente reprimida por el régimen. Desde entonces, las movilizaciones convulsionaron, además de Deraa, a Lataquíé, y sobre todo a Homs y Hama, pero no alcanzaron las principales ciudades, como la capital Damasco o Alepo, donde, al contrario, se organizaron marchas a favor del régimen. En el caso de la revuelta en Siria, el aspecto llamativo es que mientras reconocidos militantes de derechos humanos y democracia se encargaron de denunciar la represión letal que



pronto incluyó a los militares, las manifestaciones tomaron un carácter notablemente sectario, ; se organizaron en general los viernes después de la oración, partieron de las mezquitas, e incluyeron mensajes de odio y promesas de venganza. En el clima de mutua intransigencia, las promesas y hasta decisiones del presidente Bashar Al-Asad, en el poder desde el 10 de junio de 2000 cuando sucedió a su padre Hafez Al-Asad luego de su fallecimiento, que auguraban una gradual liberalización del sistema unipartidario, no generaron confianza y no convencieron a los opositores.

¿Por qué si la onda expansiva de las revueltas árabes se explica por causas estructurales comunes los desenlaces iniciales han resultado tan distintos?

Una primera aproximación a la explicación de este resultado remitiría por supuesto a la particularidad de cada caso. Sin embargo, es posible encontrar una respuesta más general y más conceptual para entender las razones profundas de esta disparidad de desenlaces. Así, el éxito de las revueltas en Túnez y Egipto no se repitió en Yemen, Libia, Bahréin y Siria, para tomar los casos más dramáticos de desenlaces violentos, por las profundas fracturas tribales y sectario-confesionales que existen en estas sociedades y que generan dinámicas de lealtad más fuertes que la racionalidad de las causas estructurales del descontento. En el caso de Yemen, país que celebró su reunificación en 1990, luego de una división entre el norte y el sur en 1962 y dos guerras (1972 y 1979), el partido en el poder es el Congreso General del Pueblo, que se define como progresista; mientras el presidente del partido opositor Al-Islah (Reforma) –conservador– es el presidente del Parlamento. Sin embargo, ambos dirigentes de las dos formaciones políticas dominantes provienen de la misma confederación tribal, Hashid; por lo tanto, sus diferencias ideológicas y políticas se reducen a niveles insignificantes, y la polarización del país a raíz de la revuelta no es consecuencia del choque de los intereses del gobierno y de la oposición, sino la dinámica de las alianzas que tejieron las lealtades tribales en una población de 24,3 millones repartidos entre 200 tribus.

La clave tribal es esencial también para entender la guerra civil en Libia, un país de 6,5 millones de habitantes concentrados en la costa mediterránea. Tres tribus poderosas dominan la vida política: Qadhafia, a la cual pertenece el “Guía de la Revolución” en el centro, Warfalah en el este y Mergariha en el oeste. El conflicto por el poder entre los miembros de la Warfalah y

los fieles de la Qadhafia data de 1993, cuando el 11 de octubre en Ben Walid un intento de golpe de Estado contra Qadhafi fracasó y terminó en un baño de sangre. La onda expansiva de las revueltas árabes no tardó en llegar a Libia, donde hay una genuina demanda de cambio democrático y reformas, pero por la dinámica de las lealtades tribales pronto se tradujo en clave tribal de confrontación entre el Bengazi y Trípoli, entre Warfalah y Qadhafia.

En Bahréin, un pequeño país de 750 km², la dinastía de los Al-Khalifa es sunni, pero el 70% de la población es shía. El país agotó sus reservas petroleras a fines de los 1970s, pero muy rápidamente diversificó su economía para transformarse en un centro financiero que atrajo a centenares de bancos. La crisis de 2008, naturalmente, golpeó fuertemente la economía del país, generando desocupación sobre todo en el sector juvenil. La crisis social no es novedosa en el caso de Bahréin, y como era de esperar la Revolución Islámica tuvo su repercusión en la población de mayoría shía, que desde los 1990s en adelante venía pidiendo reformas políticas para su mayor inclusión en las instituciones del Estado. Con el ascenso al poder del jeque Hamad Ben Isa Al-Khalifa el 6 de marzo de 1999, en reemplazo a su padre fallecido, el gobierno empieza un proceso de apertura política que, sin embargo, se cortará más adelante. La movilización social, que empezó el 14 de febrero, tres días después de la caída de Hosni Mubarak en Egipto, formuló sus demandas en claves de democratización, inclusión y mejor redistribución del poder y de la riqueza. El gobierno monárquico, sin embargo, la interpretó como una revuelta de los shía contra los sunni y apeló a la solidaridad sunni en el Golfo. El resultado fue la represión de los sunni a los shía, línea de fractura que aun caracteriza las persecuciones contra los protagonistas de las revueltas.

La fractura sectario-confesional es también el factor que explica el desenlace de la revuelta en Siria. La familia de Al-Asad es alauita, una secta minoritaria dentro de los shía, y por más que Hafez Al-Asad haya intentado legitimar su autoridad en nombre del nacionalismo árabe del partido dominante, el Ba’as, su confesión religiosa, predominaban las percepciones y, por lo tanto, las lealtades políticas. El problema es que la mayoría del país –entre el 60 y el 80 por ciento– es sunni, y los sunni habían cuestionado la pertenencia de los alauitas a la Umma. El jurista, Ibn Taymiyya del siglo XIII-XIV hasta los consideró heréticos y llamó a combatirlos. Sólo en los 1970s los alauitas fueron reconocidos como musulmanes, y gracias a los fatwa

(decreto religioso islámico) que Hafez Al-Asad obtuvo de juristas sunni y shía en Siria y el Líbano, puesto que constitucionalmente sólo un musulmán podría acceder a la presidencia del país. Estos decretos fueron cuestionados por los más radicales de los sunni en el país, sobre todo la organización clandestina de los Hermanos Musulmanes, que en 1981-82 planificaba una sublevación armada. La rebelión no aconteció, puesto que el régimen descubrió el complot y atacó su epicentro, la ciudad de Hama, donde en febrero de 1982 murieron decenas de miles de personas bajo los bombardeos del ejército sirio. El aparato de seguridad del país, entre militares, policía y, sobre todo, los agentes de inteligencia de la temible Mujabarat, está dominado por oficiales alauitas; una garantía no sólo de supervivencia del régimen sino también de la propia secta. Además, en Siria viven importantes comunidades de los primeros pueblos cristianos, incluyendo los griegos-ortodoxos, los melquitas, los asirios, los caldeos y los armenios, entre otras; kurdos yezidíes y drusos. Todas estas comunidades, minoritarias en el país comparadas con los sunni, apoyan el régimen por el simple miedo de marginación en el caso de que el Islam político sunni llegase al poder. Cuando el médico oftalmólogo, Bashar Al-Asad, cerró su clínica en Londres y volvió al país para ocupar el cargo de su padre, brindó también un aire de reformismo que él personalmente creía necesario. Pero las iniciativas que tomó fueron insignificantes y no satisfacieron

a los militantes de derechos humanos, que no obstante constataban que ya podían opinar sin miedo. El descontento de un sistema de Estado-policía es muy real en Siria; pero no son necesariamente los objetivos de reforma política los que esencialmente motivaron a los manifestantes en Deraa, Lataquíe y, sobre todo, Hama, sino también el rencor sectario y, probablemente, el deseo de vengar 1982. El mismo miedo de quedar expuestos a las revanchas de los sunni hace que el régimen se aferre al poder, y combine una política de dura represión a las revueltas con señales de apertura política que, sin embargo, aparentemente no logran convencer demasiado.

Estos ejemplos ilustran que, si bien por un lado las revueltas árabes señalan un antes y después en los países árabes, donde por imposición o por reforma habrá un gradual empoderamiento de los ciudadanos, por el otro enfrentarán la trampa de las fracturas tribales y sectario-confesionales existentes en mayor o menor grado en las sociedades. También alentarán y facilitarán injerencias externas, limitadas o de larga duración, directas o indirectas, de los países europeos, Estados Unidos pero también de Turquía y quizá Irán, asombrando el sol de la “primavera árabe” que tanta esperanza ya ha traído a pueblos y en lucha desde el siglo XIX para encontrar su lugar de estabilidad, desarrollo e integración en sus tierras ancestrales...

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- Cheterian, Vicken. “The Arab revolt and the colour revolutions.” Open Democracy (10 de marzo). En Internet al www.opendemocracy.net consulta el 11-03-2011.
- « Comprendre le réveil arabe ». Le Monde diplomatique Manière de voir numéro 117, Juin – Juillet 2011.
- Dahi, Omar S. “Understanding the Political Economy of the Arab Revolts.” Middle East Report 259 “North Africa: The Political Economy of Revolt” Vol. 41, 2011 (Summer).
- Ghalioun, Bourham. 2004. “The Persistence of Arab Authoritarianism.” Journal of Democracy Vol. 15 (October-November).
- Guéhenno, Jean-Marie. 2011. “The Arab Spring is 2011, not 1989.” The New York Times (21 de abril).
- Goldberg, Jeffrey. 2011. “Danger. Falling Tyrants.” The Atlantic Monthly Vol. 307, No. 5 (June).
- Guidère, Mathieu. Le choc des révolutions arabes, Paris : Autrement, 2011.
- Lacouture, Jean, Ghassan Tuéni, Gérard D. Khoury. Un siècle pour rien. Le Moyen Orient arabe de l’Empire Ottoman á l’Empire américain, Paris, France; Editions Albin Michel, 2002.
- «Le printemps des rêves arabes». Libération hoès-série n. 113, été 2011.
- «L’épopée de l’Islam. De Mahomet aux révolutions arabes d’aujourd’hui». Géohistoire hors-série, Mai – Juin 2011.
- «Les révolutions arabes». Sciences Humaines n. 226, Mai 2011, pp. 18 – 27.
- Moisi, Dominique. “For better or worse, Arab History is on the move”, The Daily Star (Beirut, Líbano), 2 de febrero de 2011, en Internet al: http://www.dailystar.com.lb/article.asp?edition_id=1&categ_id=5&article_id=124414#axzz1DNHjuXSh consulta el 3-02-2011.
- Moissi, Dominique, “An Arab Spring?” Project Syndicate (26 de enero de 2011). En Internet al: <http://www.project-syndicate.org/commentary/moisi62/English> consulta el 26-01-2011.
- Nazemroaya, Mahdi Darius. “The Powers of Manipulation: Islam as a Geopolitical Tool to Control the Middle East.” Global Research (2 de Julio de 2011). En Internet al www.globalresearch.ca/index.php?context=va&aid=25199 consults el 4 de julio de 2011.
- Priego Moreno, Alberto. “La primavera árabe: ¿Una cuarta ola de democratización?” UNISCI Discussion Papers No. 26 (mayo de 2011).
- Pripstein Posusney, Marsha. “Enduring Authoritarianism: Middle East Lessons for Comparative Theory.” Comparative Politics, Vol. 36, No. 2, 2004 (January).
- Said, W. Edward. Orientalismo. Traducción de María Luisa Fuentes. Barcelona: Debolsillo, 2006.